

## **COLOQUIO INTERNACIONAL TRANSDISCIPLINAR EN ARTES Y PSICOANÁLISIS: “MALESTAR Y DESTINOS DEL MALESTAR”**

**Facultad de Artes, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de la Comunicación y la Imagen, Universidad de Chile  
Campus Juan Gómez Millas  
25, 26 y 27 de Octubre de 2012**

Con el objetivo de abrir una amplia plataforma de discusión y de reflexión sobre uno de los fenómenos socioculturales determinantes de nuestra época, el Coloquio Internacional Transdisciplinar en Artes y Psicoanálisis ha convocado a artistas, psicoanalistas, teóricos del arte, filósofos, científicos sociales e intelectuales a debatir en torno al malestar contemporáneo y a sus *destinos*. La metodología de trabajo que el Coloquio busca desarrollar se basa en un tratamiento abiertamente problematizador de las presuposiciones que verían en el psicoanálisis y en la práctica artística, en su comparecencia y en su relación, un consenso de fondo en torno a una teorización del malestar que reduce la obra a una clave psicopatológica y deja al psicoanálisis como *Weltanhang* de los social. De esta manera, el Coloquio se propone como un ejercicio plural, instigador de desplazamientos articulados por los bordes de las disciplinas: el único lugar, en definitiva, donde es posible una verdadera *praxis* de lo transdisciplinario. Para ello, el Coloquio se plantea como un asedio de un objeto paradigmático de lo transdisciplinar, a saber, el malestar.

Elemento constitutivo de la experiencia moderna, el malestar ha sido objeto recurrente en la reflexión filosófica, la práctica artística, el cuestionamiento político y el análisis social desde hace, al menos, seis siglos. No obstante, la problemática del malestar conoció un giro particularmente fecundo en el pensamiento y la acción de la generación europea de entreguerras. De la vanguardia rusa al surrealismo y del expresionismo al Dadá, pero también de Musil a Valéry y de Gramsci a Kracauer, nos encontramos con una sensibilidad que, convulsionada por una crisis sin precedentes de la subjetividad, se interrogó por el malestar en virtud de los anclajes del sujeto en la sociedad.

En este contexto, el señero estudio de Freud (*Das Unbehagen in der Kultur*) tiene un lugar privilegiado. Cifrando el “destino del malestar” en función de la tensión entre pulsión y Ley (Superyó), Freud resituía la cuestión en torno a la constitución misma de la subjetividad. Nacido de la renuncia dolorosa que se impone *siempre-ya* al sujeto, el malestar implicará una transacción interminable que, encauzándose en los ámbitos de acción permitidos y reconocidos en la civilización, sólo podrá ser parcialmente mitigada mediante la elaboración permanente de la propia renuncia. Para Freud, el malestar *constituye al* sujeto en tanto que éste es sujeto *de* su renuncia, determinando que, para usar palabras de Simmel, la realización de un cierto valor dependerá del descentramiento de otro valor que, desde entonces, demandará sufrimiento para su realización.

Dicho de otro modo, el malestar concierne a una modalidad de lo residual, y está unido a la idea de un resto inasimilable al proceso de socialización que, al mismo tiempo, pone en funcionamiento toda socialización posible. En consecuencia, la

producción cultural puede entenderse como una constante labor de transformación de este resto inasimilable. En dicho trabajo de la cultura, Freud reconoció a la producción artística como una vía privilegiada para tramitar lo que la misma vida social genera como resto doloroso, instalando así los límites de la cultura en el centro de la cultura misma. Basta recordar el recurso de Freud a los artistas y poetas para mostrar aquello que la racionalidad médica era incapaz de ver o enunciar: la eficacia del pensamiento inconsciente. Consistentemente, las artes pueden ser pensadas tal y como Adorno lo ha sugerido, a saber, como la antítesis social de la sociedad.

Sin embargo, una experiencia como aquella de la inquietante extrañeza (*Unheimlich*), central en las vanguardias contemporáneas, no puede ser soslayada con la pretensión (ingenua y totalizante) que sitúa al arte como *pura elaboración* del malestar. A la luz de los proyectos estéticos de los últimos dos siglos, parece necesaria una interrogación más amplia en la lectura de la relación entre las artes y el malestar. Lejos de la simple reducción de las artes *frente* al malestar, resulta imprescindible cuestionarse por el malestar *con* las artes (la recepción social del trabajo de la vanguardia), por el malestar *en* las artes (la reinención constante del metarelato artístico) y por el malestar *de* las artes (la presentación de lo real o lo traumático en ciertas prácticas artísticas contemporáneas).

A partir del mismo Freud, pero sobre todo en función de los capitales aportes de Benjamin (arqueólogo cultural del *spleen* baudelaireano y agudo observador de la *mudez* del soldado frente al horror de la guerra) y de Adorno (pensador del arte como *parataxis*, como residualidad inasimilable por la lógica del dominio), la cuestión del malestar ha experimentado un desplazamiento de hondas consecuencias. Arrancado a la simple tónica de la “tonalidad anímica personal”, el malestar habrá de ser, en lo sucesivo, situado en el horizonte de un principio general (de una “economía libidinal”). Desde entonces, el malestar ha pasado a formar parte esencial del problema de la producción de la subjetividad bajo la extensión y los nuevos desarrollos del capitalismo, determinando que, cada cierto tiempo, se renueve de manera incesante la pregunta por las condiciones “actuales” —y, por lo tanto, históricas— del *malestar en la cultura*.

Así, cobra particular relevancia la pregunta por las formas de mitigación, de gestión y/o de inscripción del malestar en el marco sociopolítico y cultural que, en las décadas recientes, se ha expresado en una acusada tendencia a la imposición global del neoliberalismo. En la actualidad, las condiciones históricas del malestar quedan en evidencia en razón de las transformaciones producidas en distintos niveles de la realidad social y cultural, definiendo modos de subjetividad acordes a tales transformaciones. En este sentido, la gestión biopolítica contemporánea (Foucault), en su afirmación de la *nuda vita* (Agamben) y del bienestar individual, puede entenderse como *síntoma* o *formación reactiva* respecto del malestar que se pretende excluir de la experiencia a como dé lugar. En el proyecto biopolítico, el recurso a una *estética de la felicidad* parece ser el reverso ideológico de una experiencia cotidiana en la que el malestar cobra formas e intensidades nuevas y críticas. De este modo, en el panorama biopolítico actual, la dimensión estética parece tener una importancia equiparable a la que la teoría crítica señaló en relación con la estética del fascismo.

Sin duda, se requieren nuevas cartografías para reevaluar el carácter de las elaboraciones simbólicas de las subjetividades en el umbral del siglo que recién comienza. La época en que se está conduciendo la medicalización de la existencia y la

ampliación indefinida del trabajo sobre los espacios de la vida personal a un nivel de intensidad hasta hace poco desconocido, es también la época que ha traído consigo nuevas versiones para la “muerte del arte” pregonada por Hegel. ¿Cómo hacer frente a esa crisis, a ese malestar permanente de artistas y pensadores en relación con la inasible naturaleza de lo artístico en la era de la imagen global y de las performatividades *online*? Salvar el arte, dejar morir el arte, parecen desde luego opciones fantasiosas y, con todo, una pregunta acuciante sigue en pie: ¿qué significa hoy la producción de obra y de pensamiento, cuando con mayor fuerza se impone la pregunta por lo común, por el sujeto y su comunidad, es decir, por la posibilidad de un procesamiento simbólico de lo experienciable? Si en nuestros días los recursos simbólicos son diagnosticados como insuficientes, ¿cómo se pone en juego la elaboración del malestar en los límites de la representación?

Ciertamente, los debates actuales reflejan este inasible lugar de las artes y del pensamiento que en ellas se convoca. Lugar tan necesario como precario, tan inquietante como insistente. Lugar en función del cual se ha reinterpretado el problema político como aquél del “reparto de lo sensible” (Rancière); lugar desde donde se insiste en tematizar la destitución del vínculo con el otro, el paso a la inmunidad ética del artista y a sus prácticas *extremas* (Clair, Virilio); lugar en el que, incluso, se ha sostenido la asimilación salvaje entre el creador contemporáneo y el cínico indolente (Foster, Sloterdijk). A lo largo de estas tensiones, lo que persiste es el malestar en la diversidad de sus modalidades, experiencias y registros, las que a su vez permiten situar las coordenadas y fracturas de las prácticas subjetivas que les son correlativas.

Quizás, nos encontramos confrontados al tránsito desde un paradigma del *malestar en la cultura* hacia una manifestación general que mejor cabría designar como *culturas del malestar o en el malestar*. En tal sentido, resulta insoslayable preguntarse por el destino de los “destinos del malestar”, esto es, interrogarnos por la índole de sus elaboraciones simbólicas y de sus inscripciones, de sus modos enunciativos y sus políticas de representación, para desde allí consignar sus límites, sus imposibles, sus improcesables. Este mismo carácter de la experiencia del malestar, residual a la vez que inaprehensible, se ofrece al pensamiento y la producción artística como una interrogante siempre abierta, invitación al examen y la crítica de las condiciones culturales en las que hoy se articulan malestar y subjetividad.

Comité Organizador